

FERNANDO BELLVER,

SÓLO COMO DE VIAJE

Dora Sales
Universitat Jaume I. Castelló

Sólo como de viaje, como en sueños.
Como quien ama un río,
como quien hace casa para el viento.

Rosario Castellanos (1972: 86)

Éste es el retrato personal de un artista que sabe hacer de la vida un arte, y del arte un modo de vida. Un retrato fragmentario, confieso, pues no abordo la obra de Bellver en su conjunto, sino recalando en tres proyectos que, con el hilo conductor del viaje, me causan especial interés. Personal, ante todo, porque no lo escribo como experta en arte, sino como espectadora curiosa que, además, no puede mirar la obra sin pensar en el artista, en la persona que la elabora. Dicho todo esto, lo cierto es que todo retrato me parece fragmentario y personal, subjetivo e incompleto.

¿El viaje? Sí, porque si pienso en Fernando Bellver de inmediato me vienen a la mente dos cosas: viaje y pipa. Lo de la pipa no lo voy a elaborar, pues siempre hay que abrir espacios para la imaginación en los relatos, aunque en éste no hay gran misterio. Así pues, el viaje.

Bellver pertenece a una familia vinculada con el mundo del arte, y reconoce que le apasionan la pintura y la técnica. Pero eso no garantiza que, necesariamente, uno se convierta en artista. Quizás por eso, y porque, como tipo inteligente, Bellver lo sabe, afirma con frecuencia que nunca pensó que fuera a vivir del arte, y que desde el inicio buscó una especie de refugio en la tendencia a la apropiación, recreando y reelaborando imágenes y técnicas de otros, a quienes admiraba. Se sigue sorprendiendo ante el despliegue de actitudes y posturas decorativas y la labor de críticos, curadores, comisarios y periodistas, que deciden qué es arte y quién artista. En un mundo que, con demasiada asiduidad, alaba banalidades, que otorga a las apariencias un lugar destacado en la feria de las vanidades y la cultura del espectáculo, la opinión de Bellver me parece de una seria dignidad. Una infrecuente dignidad.

Su estética es ciertamente postmoderna, y propongo definirla como *antropofágica*, y hacerlo en el sentido de aprovechamiento de formas y técnicas para los intereses propios, extrapolando el concepto brasileño surgido en las vanguardias. Pues Bellver disfruta con la mezcla de estilos, desde una estrategia híbrida y heterogénea, que transcribe el mundo experimentando de forma constante con diversos lenguajes, temáticas y técnicas, como pintura, grabado, escultura, fotografía, radiografía o instalación. Toma lo que le interesa, lo modela, le da su aire, lo transforma a su gusto, sin plantearse el dilema *tupí or not tupí*, clave en el *Manifiesto Antropofago* de Oswald de Andrade, pues, desde otro tiempo y otro espacio, ya no es preciso justificar el por qué y cómo engulle y revisa, mezcla y yuxtapone lo que le apetece.

De la obra de Bellver, prolífica y variada, de su mapa artístico todavía en construcción, propongo recalcar en tres puertos que me atraen en especial, enhebrados, como decía al comienzo, por un mismo hilo conductor: el viaje, conectado mediante fluidas vías de agua a la obra y la vida de este artista madrileño, que afirma que se va para “no quedarse” (Bellver, 2003: 32), en definitiva, para experimentar, salir, y después regresar al estudio y plasmar todo lo que trae de vuelta.

En primer lugar, *Zu. Los colores de la tierra*, una instalación ideada y dirigida por Bellver, en la cual no se exhibían ni cuadros ni esculturas ni grabados, sino tierra de los cinco continentes. La palabra *zu* proviene de la lengua de algunas tribus africanas, y significa “tierra” o lugar de descanso de los antepasados. La obra mostraba, enmarcadas en una estructura de acero, sesenta y cuatro vitrinas donde se recogía tierra de varios países. *Zu. Los colores de la tierra* fue seleccionada por la organización de la EXPO 2000, celebrada en Hannover. En la línea del *mail art*, Bellver remitió por correo el siguiente material, a sesenta y cuatro personas: un paquete con una bolsa de lona, una etiqueta, una cámara de veinticuatro fotos, un folio en blanco con el logotipo de la exposición y las instrucciones para completar con éxito el proyecto.

Zu es una invitación al viaje, o al menos eso me hubiera sugerido de haber sido una de las personas receptoras del mensaje. Me hubiese animado a salir, a pensar en qué lugar escoger para tomar la muestra de tierra. Aún ahora, mientras escribo estas líneas, al pensar en el proyecto, imagino qué viaje hubiera hecho, qué tierra habría sido la mía para *Zu*.

Bellver presenta, como objeto del arte, un material tan primigenio y básico, tan sencillo y accesible como la tierra, de colores y texturas distintas, testigo no siempre mudo del discurrir del tiempo, el paso de las estaciones, las huellas de quienes la transitamos. El artista catalogó las muestras de tierra y las fotografías que las acompañaban, y anotó carto-

gráficamente esos retazos, escribiendo la altitud y la latitud sobre los vidrios que comprimirían las distintas tierras.

A través de este proyecto artístico colectivo, de alguna manera se plantea también una reflexión en torno a lo que es arte y quién es artista. *Zu* parte de la idea de alguien (Bellver) que implica a mucha gente (quienes viajan y toman una muestra de tierra, quienes le sacan la fotografía al viajero) para finalmente construir, juntos, una exposición artística que sólo la generosidad participativa y la complicidad de todos han hecho posible.

Zu también es, en esencia, una fascinante narración viajera. Es el relato de un viaje colectivo, un tapiz enorme enhebrado por multitud de hilos de distintos matices, compuesto por infinidad de pequeñas historias. En cada muestra de tierra y cada fotografía late una historia, o varias, que quizás nunca logremos descubrir, pero que sin duda imaginaremos y construiremos desde nuestra mirada, tomando como pistas el lugar, el nombre del viajero o la viajera, la composición de la foto... *Zu* interpela y sugiere, invita a imaginar tránsitos recorridos por otros, tal vez deseados por nosotros.

Ciudades es la segunda escala en la que me gustaría detenerme, en este trayecto demasiado fugaz, como casi todo viaje.

La ciudad es una presencia constante en la obra bellveriana, en especial en la pictórica. De los diversos proyectos y producciones en las que Bellver ha representado ciudades, me gustaría comentar sus serigrafías y *collages*, que configuran una cartografía muy particular.

Bellver trabaja sus ciudades desde el concepto de plano, dibujado a grafito en primer lugar, para después configurar una vista panorámica de la ciudad formada por veintiún grabados de proporciones cuadradas, dispuestas en tres filas de siete a las que se añaden *collages* serigrafiados compuestos por elementos que surgen de la vivencia del artista, distribuidos por toda la superficie, y una especie de logotipo asiluetado y

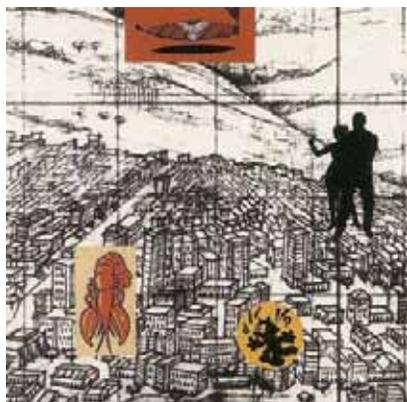


África (parte serie Cinco continentes)
Aguafuerte iluminado a mano, 95 cm. 1986.



Madrid (fragmento)

Serigrafía y collage, 21 piezas de 80 x 80 cm.
1998.



La Habana (fragmento)

Serigrafía y collage, 21 piezas de 80 x 80 cm.
2001.



Sevilla (fragmento)

Serigrafía y collage, 21 piezas de 85 x 85 cm.
2006.

repetitivo de un icono cultural que representa la ciudad en cuestión, y que recorre todo el plano a modo de guía, narrando, de este modo, un relato secuencial que me resulta evocador, cautivador, sensual. En el caso de Sevilla, la silueta negra de una elegante bailaora acompaña el trayecto, en Madrid se reitera la forma de un gato, para La Habana escoge la silueta de una pareja bailando danzón, el toro transita por Salamanca y los aviones cruzan el cielo de Palma de Mallorca.

Con *Ciudades*, Bellver elabora una cartografía personalísima, que bien parece una mirada sentimental a los espacios recorridos, a rincones, edificios u objetos que en el recuerdo del artista representan y personalizan la ciudad retratada.

La ciudad. ¿Qué es la ciudad? ¿Por qué a veces la echamos de menos, la amamos, o todo lo contrario? Las ciudades tienen energía, y cuando estamos en ellas, cuando las caminamos, nos hacen sentir la sensación de destino, en el que quedarse, aunque sólo sea por un tiempo, o quizás de muelle, desde el que partir. Cada vez que llego a una ciudad suelo imaginar cómo sería vivir allí. Me fijo, casi siempre, en los carteles de alquiler de viviendas, en las formas y la disposición de las casas, e imagino. De viaje, la sensación más fuerte, el deseo más firme de quedarme, lo he sentido en Sevilla, en Bombay y en Antigua Guatemala. Las ciudades, como las personas, nos provocan emociones, sentimientos. Por eso, en ocasiones, algunas nos llegan especialmente al corazón. Y aunque al viajar siempre me he sentido en casa, éstas serían mis ciudades, las que atesoro en el recuerdo.

Así, cuando observo las ciudades de Bellver tengo la sensación de que las ha elegido por querencia, con la voluntad de plasmar los rincones favoritos, los espacios adonde regresar, los detalles del corazón o la curiosidad, aquellos que cautivaron su atención, en algún momento. Quizás porque, como dice Felipe Hernández Cava (2002: 18), “los únicos paisajes verdaderos son los que creamos a partir de nuestra capacidad de sentir”.

Al tiempo, los planos serigrafiados de Bellver invitan a una mirada reposada, con el ritmo de un paseo sin prisas por las calles y espacios captados en estos mapas personales: vamos descubriendo edificios, plazas, rincones, aderezados por los detalles que Bellver va incorporando a modo de insertos de color, salpicando el recorrido de pequeñas anécdotas que quizás son el recuerdo de alguna historia, mientras le seguimos la pista a la reiterada silueta negra que nos acompaña en el trayecto, ya sea la bailaora, la pareja de bailarines de danzón o el gato. De ese modo los planos de las ciudades de Bellver cobran vida, hacen sentir el latido de la ciudad, las gentes, los detalles. Las ciudades palpitan, los planos por lo general no lo hacen. Pero en las serigrafías de Bellver sentimos que los planos se han convertido en ciudad.

Última parada, los cuadernos de viaje.

Los cuadernos de viaje de Bellver son, en opinión de Jos Martín (2007: 68-69), un contrapunto a la fotografía. Con la fotografía, el viajero centra su mirada y casi en un instante tiene que decidir y captar qué es lo que le interesa. El dibujo y la escritura, por su parte, requieren otro compás, otro tiempo, una mirada más atenta que decide no sólo qué le interesa sino cómo le interesa reflejarlo.

Cuando veo una fotografía, siempre me viene a la mente una pregunta: ¿qué pensaba (¿pensaba?) en ese momento quien la tomó o quien estaba siendo retratado? Entrar en los cuadernos de viaje de Bellver es pasear por los pensamientos anotados al calor del momento, que no obstante en ocasiones contienen un poso reflexivo innegable. La pregunta queda, de alguna manera, aunque siempre incompleta, contestada. Lo que más me sorprende de Bellver, especialmente en cuanto a los cuadernos de viaje, es su generosidad. Que nos permita colarnos en los recuerdos de sus viajes, sus dibujos, sus pensamientos, vivencias y anécdotas (Bellver, 2008). Provoca una sensación particular de *voyeurismo*, que resulta irresistible.



Cuaderno de viaje (fragmento) Egipto.

II

NAIROBI - EL HOTEL NORFOLK - EL AFRICAN HERITAGE CAFE

3 DE NOVIEMBRE - NAIROBI



HOTEL NORFOLK. NAIROBI

EN KENYA LA ÚNICA ESPECIE QUE CONTINÚA EN CAUTIVIDAD ES EL POBRETURISTA. A RATOS ENCERRADO EN LA FURGONETA Y A RATOS AISLADO EN ESO QUE LOS INGLESES LLAMAN POR POSOSAMENTE "LODGE", QUE NO DEJADE SER UN BAR RODEADO DE TABLAS Y UNAS CAMAS. EN UNA CIUDAD BASTANTE FEA COMO ES NAIROBI HAY AGENCIAS MÁS QUE SUFICIENTES COMO PARA PASAR UNA LARGA CONDENA DE RESERVA EN RESERVA.

EL HOTEL NORFOLK NO SE LIBRO TAMPOCO DE LA PRESENCIA DE HEMINGWAY: "NO ME IMPORTO MATAR LO QUE FUERA SI LO MATABA LIMPIAMENTE. TODOS TENIAN QUE MORIR," ESCRIBIRIA MÁS TARDE LA CRIATURA.

5 DE NOVIEMBRE - MONTE KENYA

SALIMOS DE MADRID HACIA LOS ABERDARES.

EL LODGE "TREE TAPS" ESTÁ JUNTO A UNA CHARCA, MONO DE CADA NENEA EN EL LODGE RODEADA POR UN BARRIZAL A UNOS 50 KMS DE NAIROBI. SON MUCHAS LAS ESPECIES QUE VIENEN AQUÍ A BEBER. LOS ANIMALES EN LA CHARCA Y NOSOTROS EN EL BAR. ANTES DE IRSE A LA CAMA, UNO DEJA APUNTADO EL ANIMAL QUE NO HA PODO VER DURANTE EL DÍA Y DESEARÍA VER AUNQUE SEA DE NOCHE. EMPUJADO POR DOS O TRES CERVEZAS DE MÁS ESCRIBO: EL RINOCERONTE.

ME DESPIERTAN A LAS 5 DE LA MAÑANA: "MR BELLVER, THE RINO, THE RINO. NO SÉ DONDE ESTOY. ME ASOMO A LA VENTANA. UN REFLECTOR ILUMINA A DURAS PENAS LA SOMBRA BORROSA DE ALGO QUE A ESAS HORAS NO TIENE PARA MÍ EL MENOR INTERÉS.

CUANDO ME DUERMO, RECUERDO LAS PALABRAS QUE ME DIJO EDUARDO ARROYO ANTES DE SALIR: "FERNANDO, VETE A PARÍS, LONDRES, NUEVA YORK."



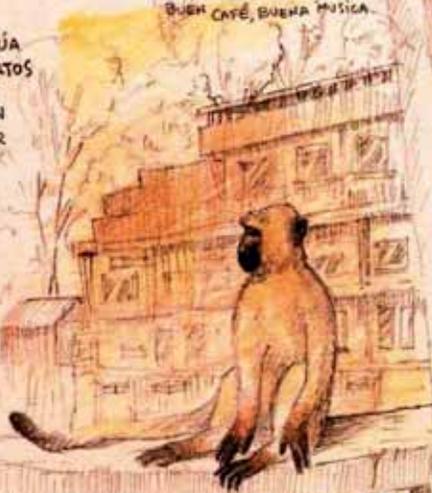
AMANGELA EN EL MONTE KENYA

EL VUELO HA RESULTADO SER BASTANTE HORROROSO Y LA LLEGADA PELÍN INFERNAL.

"SEMPER ALIQUID NOVI EX AFRICA." (SIEMPRE NOS LLEGA ALGO NUEVO DE AFRICA)

SIGUIENDO LOS CONSEJOS DE ESTE VIEJO DICHO ROMANO, HE VENIDO HASTA ESTA DISNEYLANDIA DEL VIAJE AVENTURA DETRÁS DE MI SEÑORA, QUE, POR LO VISTO, QUIERE CONOCER A OTROS ANIMALES Y ASÍ COMPARAR.

PASEO EN NAIROBI
CAFELITO EN EL "HERITAGE CAFE"
BUEN CAFÉ, BUENA MÚSICA.



MARALAL - TRIBUS - ARTESANIA - COCINA - MONEDA - PERMISOS

EL MERCADO - SAFARIS - RESTAURANTES - HOTEL TREE TOPS - ANIMALES

SAMBURU - SERENA LODGE - RESERVAS Y PARQUES

En las páginas de los cuadernos destacan el virtuosismo y el mimo en el dibujo. Personalmente, además, me asombra la precisión del trazo de lo escrito, que adquiere una plasticidad agradable. Bellver no duda (o no lo parece), escribe con amigables letras mayúsculas, apenas tacha. Casi nunca. Plasma con admirable capacidad de síntesis, ironía y una buena dosis de sentido del humor, ante todo, sus llegadas, salidas, rutas, paseos y pensamientos. Y mientras lees, como ocurre con la literatura de viajes, sueñas un poco, visualizas lo que sucede, te imaginas los acontecimientos como en una secuencia cinematográfica. Y de ese modo, al imaginarte observando, estás también allí, de viaje. Me encanta esa memoria gráfica de trayectos, como espacio de reflexiones e ideas tan sólo esbozadas que quizás tomarán forma con el tiempo... únicamente él lo sabe.

En el documental "El color de la tierra", que lleva a Bellver hasta Jartum, en Sudán, en el punto donde se unen el Nilo blanco y el Nilo azul, a sabiendas de que la cultura egipcia y la mitología del río Nilo son sus grandes pasiones viajeras, se le puede ver dibujando en su cuaderno, observando con calma, como fuera del tiempo, o, más bien, en ese tiempo de ritmo especial que es el tiempo del viaje. Chema Rodríguez (2001), amigo de Bellver, guionista y director del documental, escribió para él lo siguiente, para dar voz a su idea sobre lo que significa viajar: "El instante de la partida hacia un lugar que desconozco es siempre un momento que me produce una extraña sensación de temor y alivio. Viajar es cambiar la rutina por otra realidad que termina por cambiarte a ti mismo. El comienzo de un viaje es parecido al proceso de crear. Es un fogonazo que atraviesa tu cerebro, que te ilumina y te ciega a la vez. La imagen va fluyendo en mi cabeza, pero, poco a poco, mientras pinto el cuadro, esa idea se va transformando en figuras que crean un mundo distinto que estaba también dentro de mí. Así es el viaje. El comienzo de algo nuevo que imaginé y se va haciendo real a fuerza de momentos y geografías imprevistas".

Como traductora literaria, reescribora de lo que otra gente elabora, siempre me ha fascinado el proceso creativo. Y siempre he pensado que quienes se dedican a la creación, sea gráfica, literaria, cinematográfica o del tipo que sea, desnudan de manera más o menos consciente y explícita su sensibilidad y, ante todo, esa parte de nosotros que apenas mostramos, por diversos motivos. No quiero decir, desde una perspectiva simplificadora, que hay siempre un latido autobiográfico en la creación. Me refiero a algo más íntimo, más difícil de aprehender, más confuso y complejo. Más humano. Lo que hacemos es, en parte, reflejo de lo que somos. En parte porque, seguramente, no hacemos todo lo que queremos. No tenemos esa libertad completa. O no siempre.

Más bien nos pasamos la vida traduciéndonos, traduciendo a los demás, y lo que nos sucede, es decir, tratando de entender, tratando de comunicar la diversidad, la complejidad y el caos que nos conforma y que, a veces, nos da sentido y nos descubre la simplicidad de las cosas que perduran.

El nuestro es, con mucho, un mundo repleto de zonas de contacto en el que la cultura adquiere sentido en el movimiento, en el viaje constante, donde la traducción se ha convertido en la principal ruta comunicativa, como opina, por ejemplo, el antropólogo James Clifford (1997), quien, de forma muy sugerente, propone "viaje" como término de traducción, que, como tal, nos enseña de los demás, de las culturas e historias distintas a la propia, lo suficiente como para empezar a percibir lo que estamos perdiendo, lo que no conocemos. Quizás, lo que nos gustaría descubrir del otro. Y esa percepción, esa curiosidad, es un enriquecimiento. Un punto de partida que observo en la obra y la perspectiva de Fernando Bellver, abierta, generosa y hospitalaria.

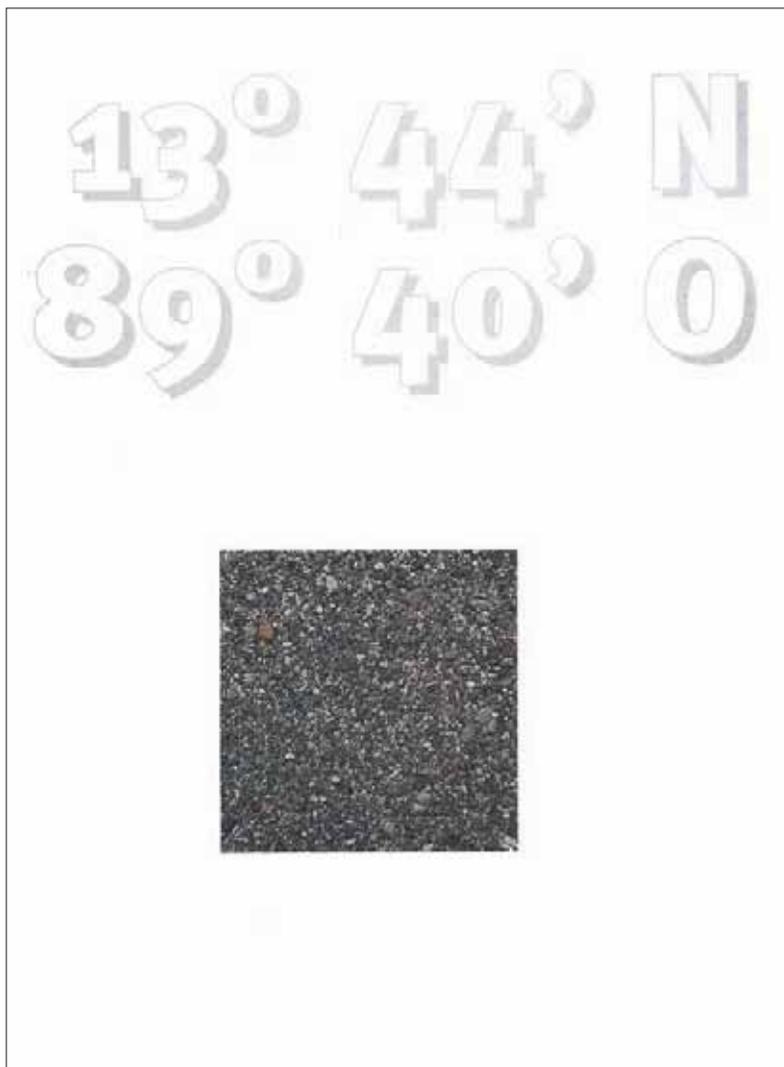
El arte es una forma como otra cualquiera de intentar volver este mundo más traducible, más convivible y comunicable en medio de las diversidades y todo lo que percibimos que nos falta o desconocemos. En ese orden de cosas,



El Cairo. Óleo sobre tabla, 122 x 122 cm. 2004-2005. Colección particular.

el viajero, periodista y escritor Ryszard Kapuscinski (2004: 53) reconocía: “para definir mi oficio, el calificativo que más me gusta es el de traductor”. Traductor como posibilitador de la comunicación, de la capacidad de hacernos preguntas, tengan o no respuesta, en un mundo diverso y en marcha continua.

Creo que estas ideas que estoy esbozando quedan mejor expresadas en el siguiente poema de Ferreira Gullar, titulado *Traduzir-se*: “Uma parte de mim é todo mundo/ Outra parte é ninguém, fundo sem fundo/ Uma parte de mim é multidão/ Outra parte estranheza é solidão/ Uma parte de mim pesa, pondera/ Outra parte delira/ Uma parte de mim almoca e janta/ Outra parte se espanta/ Uma parte de mim é permanente/ Outra parte se sabe de repente/ Uma parte de mim é só vertigem/ Outra parte linguagem/ Traduzir uma parte na outra parte/ Que é uma questao de vida e morte/ ¿Sera arte?” (“Traducir-se: Una parte de mí es todo el mundo/ Otra parte es nadie, fondo sin fondo/ Una parte de mí es multitud/ Otra parte extrañeza y soledad/ Una parte de mí pesa, pondera/ Otra parte delira/ Una parte de mí come y cena/ Otra parte se asusta/ Una parte de mí es permanente/ Otra parte se sabe de repente/ Una parte de mí es sólo vértigo/ Otra parte, lenguaje/ Traducir una parte en otra parte/ Que es una cuestión de vida o muerte/ ¿Será arte?”, mi traducción).



Zu. Los colores de la tierra. El Salvador. 1999.

Tomo prestado el poema de García Canclini (1989: 30), quien, de forma igualmente atractiva, propone colocar el arte y la cultura en el campo inestable y rico de la traducción, donde las búsquedas artísticas son clave si logran ser, a la vez, lenguaje y vértigo. En otras palabras, comunicación y deseo, relato y pregunta. El arte de Fernando Bellver me parece ejemplo de esta traducción viajera de la que hablo.

Bellver crea desde la hibridez, los espacios de frontera, que son siempre escenarios estratégicos. Se nutre de sus viajes, de su apertura sin rodeos ni

límites a diferentes estilos y técnicas, formas clásicas, formas modernas, objetos cotidianos, espacios diversos... La originalidad de su visión y su producción radica en esa apertura, en el hecho de ser consciente de la diversidad, sobre todo porque cualquier objeto o espacio le interesa y, por tanto, puede convertirse en objeto de su arte.

Sí, Bellver mezcla, revisa, revuelve, subvierte. Y, finalmente, es inconfundible. Porque esa recreación es la suya, tamizada por su perspectiva, su curiosidad, su ironía, su vitalidad, su cuestionamiento, su discurso. En definitiva, su traducción. Su comunicación y su deseo. Su lenguaje y su vértigo.

La obra bellveriana me parece sumamente narrativa y comunicativa. Al menos eso me sugieren los tres botones de muestra que he mencionado en estas páginas. Proyectos que contienen y cuentan historias, o retazos de historias, o dan pie a que los espectadores, los receptores, imaginemos nuestras propias narraciones ante lo que se nos muestra. Nuestros propios relatos y preguntas.

Hay un lugar común que dice que de las vidas y experiencias trágicas surge un torrente de creatividad, y las mejores obras. Siempre he pensado que ésa es una afirmación triste, un consuelo confuso para quienes se sientan identificados con ella. Fernando Bellver me parece ejemplo de todo lo contrario: de cómo el arte emerge de la sonrisa ante la vida, y, sobre todo, de una mirada curiosa, atenta, generosa, sagaz. La mirada de quien no ha dejado (o no ha querido dejar) de sentirse un niño que no termina de comprender el mundo de los adultos. De hecho, los ojos de Fernando, si te fijas, conservan el brillo de la curiosidad infantil.

Le he oído decir en varias ocasiones que no tiene mundo interior. Aunque no me gusta llevarle la contraria a un señor tan estupendo, creo que no es cierto. Estoy convencida de que lo que sucede es que tiene tanto que, necesariamente, se le sale... por la mirada, por el humo que caracolea desde su pipa, por la risa, por el pincel, por las manos... ■



Zu (fotografía de la instalación, en Expo 2000, Hannover)

Cortesía Galería Max Estrella. 2000.

REFERENCIAS

- Bellver, Fernando (2003) *Tengo algo en la cabeza*. Castellón: Ellago.
- Bellver, Fernando (2008) *Equipaje de mano*. Vilaboa: Ellago.
- Castellanos, Rosario (1972) *Poesía no eres tú. Obra poética: 1948-1971*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Clifford, James (1997) *Routes. Travel and Translation in the Late Twentieth Century*. Cambridge, Massachusetts/Londres: Harvard University Press.
- García Canclini, Néstor (1989) *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo, 1990.
- Hernández Cava, Felipe (2002) "Puertos de humanidades", en *Fernando Bellver. Cartografías, autorretratos y otras mentiras* (2002). Catálogo Centro Cultural Conde Duque, Madrid, pp. 17-19.
- Kapuscinski, Ryszard (2004) *El mundo de hoy. Autorretrato de un reportero*. Agata Orzeszek (ed. y trad.) Barcelona: Anagrama, 2004.
- Martín, Jos (2007) "Fernando Bellver: el viaje del arte". *Sociedad Geográfica Española*, 26, pp. 68-81.
- Rodríguez, Chema (2001) (guion y dirección) "El color de la tierra", capítulo de la serie documental *Sahel, la frontera herida*. TVE y New Atlantis.

email: dsales@trad.uji.es